

FUNDAMENTOS DEL DIÁLOGO

“L’uomo è fatto per la verità, può conoscere la verità e la sua dignità fondamentale consiste nel conoceré la verità, nel vivere la verità. La verità è qualcosa d’infinito, d’inesauribile, è una bellezza che è sempre bella, perchè è inesauribile, è quella luce che si sprigiona dal núcleo, nel quale mai si potrà penetrare”¹

Conocimiento de la realidad y participación

El deseo de verdad, propio del hombre², da lugar al diálogo porque, como todo bien, la verdad es difusiva. Señala S.Tomás que los hombres no pueden convivir si no creen unos en otros, comunicándose mutuamente la verdad³. Así surge el diálogo, que es un coloquio, una comunicación entrañable, cordial que promueve la claridad, la mutua comprensión y la prudencia. Estas características conforman un clima propicio para descubrir y comunicar la verdad.

Sin embargo hoy en día el diálogo es muchas veces desplazado por el término consenso, que implica una problemática gnoseológica y sociológica diversa, dado que se puede establecer un consenso atendiendo primordialmente al número de los que intervienen en una cuestión.

Es verdad que se puede entender consenso en el sentido de con-sentir, y entonces da lugar a un sentir común, un asentimiento que brota de lo profundo del hombre. Pero muchas veces por el afán de una cierta estabilidad, se renuncia a lo verdadero, dejando de lado aún las legítimas diferencias. Si el consenso no se orienta a la búsqueda y aceptación de la verdad, difícilmente permite llegar a la paz verdadera y por el contrario, queda limitado a un convenio de posiciones más o menos tácticas. Un acuerdo parcial, sujeto al número de individuos que en el mejor de los casos intentan deliberar, no puede resolver el problema en su raíz; por otra parte hay muchas veces presiones indebidas orquestadas por el más fuerte. Esto lleva al olvido del fundamento real de la solución para las cuestiones planteadas. De allí que el hombre quede encerrado en meras opiniones. Surge la ilusión de un consenso racional, no sujeto al poder como fuerza determinante. Pero al no reconocer una realidad que trasciende los intereses y las distintas posturas, la superficialidad consensuada exige tarde o temprano renunciar a la inteligencia de las cosas mismas. El consenso se mueve en un mundo

¹ C.Fabro, , *Libro dell’esistenza e della libertà vagabunda*, Piemme, Italia, 2000, aforismo 1712 p. 307.

² Al comentar el inicio de la metafísica de Aristóteles, S.Tomás señala que los hombres desean saber, porque al apetecer naturalmente su perfección, se inclina a las operaciones propias, en particular el entender que lo orienta a su felicidad. Cfr. *In metaph.* Lect.1,1.1

³ Cfr. *S.Th.* II-II q. 109 a.3 ad 1.

hecho por y para el hombre sin trascendencia alguna. El hombre puede quedar a merced del escepticismo que en diversos ámbitos pretende negar el conocimiento de la realidad.

Al respecto C. Fabro señala la necesidad de ver a fondo la situación humana contemporánea conmovida por el fracaso de la filosofía, que ha abandonado la confianza en la verdad metafísica absoluta, y ha devenido un “juego” de posibilidades cuya solución se le pide, de vez en vez a la dinámica de la historia⁴. Así irrumpen el relativismo, el historicismo y de manera particular también el individualismo.

Sin embargo el hombre es un sujeto que puede hablar, escuchar y desarrollar su capacidad de comunicación en búsqueda de la verdad. Es necesario reconocer y profundizar su captación natural de los primeros principios, que fundamentan el diálogo a nivel metafísico.

Motivos y condiciones del diálogo

La experiencia muestra que el hombre es capaz de conocer paulatinamente la verdad. Desde chico abruma a sus padres y educadores preguntando el por qué, cómo, quién, para qué, cuándo, dónde. Con el tiempo llega a distinguir la verdad absoluta de las verdades participadas⁵. También aprende a dialogar, escuchando, siendo testigo de la comunicación entre distintos hombres, en situaciones diversas, en particular en el ámbito familiar y estudiantil.

Así comprende que el diálogo es fundamental para recibir y transmitir lo verdadero, gozar compartiendo lo encontrado, y para participar inclusive de la angustia que puede generar la búsqueda de la verdad teórica o práctica.

Pero el hombre no inventa el diálogo. El prototipo del diálogo es Dios mismo, en su vida intratrinitaria y en su comunicación ad extra. El diálogo humano encuentra su fundamento en el ser mismo del hombre, que por participar del ser de Dios, está llamado a dialogar con Dios, con los hombres y consigo mismo.

En este ámbito es posible distinguir una doble participación, una trascendental y otra predicamental, haciendo uso de la terminología de C. Fabro. Dada la comunicación trascendental por la cual Dios manifiesta al hombre su verdad y bondad, el hombre se halla

⁴ C.Fabro, *L'avventura della teologia progresista*, ed. Rusconi, Milano, 1974 p. 25 y ss.

⁵ En el Comentario al Evangelio de San Juan, S.Tomás explica : “*licet sint multae veritatae participatae, est tamen una veritas absoluta, quae per suam essentiam est veritas, scilicet ipsum esse divinum, qua veritate, omnia verba sunt verba. Eodem modo est una sapientia absoluta supra omnia elevata, scilicet sapientia divina, per cuius participationem omnes sapientes sunt sapientes. Et etiam unum Verbum absolutum, cuius participatione omnes habentes verbum, dicuntur dicentes. Hoc autem est Verbum divinum, quod per seipsum est Verbum super omnia verba elevatum (Super Ev. S. Ioannis lectura l. In° 33)*”

frente a Dios y lo encuentra afuera y dentro de sí mismo⁶. El hombre puede comunicarse, conversar con Dios a través de la contemplación⁷.

Esto se convierte en paradigma de la comunicación entre los hombres. Dios presenta diversos modos de comunicación de acuerdo con los sujetos con quienes quiere comunicarse y esto debe servir de modelo a los hombres⁸, para buscar en cada caso los modos más adecuados para comunicar la verdad y dialogar acerca de ella .

En la dimensión predicamental, el diálogo se da entre los hombres, con sus aciertos y con sus limitaciones. C. Fabro advierte que no se debe confundir la disponibilidad a la escucha y a la comprensión con el dejar de lado los confines entre lo verdadero y lo falso, entre el bien y el mal.

Por otra parte el diálogo del hombre consigo mismo lo lleva a su interioridad y prepara al hombre a la dimensión trascendental del diálogo, que inicia Dios⁹. Creado a imagen y semejanza de Dios, el hombre es capaz de oír, escuchar de un modo peculiar la palabra de Dios. En el orden de la fe, Dios lo introduce en el diálogo intratrinitario, que confirma al hombre como Hijo de Dios y hermano entre los hermanos¹⁰.

La verdad compartida frente al escepticismo

El que dialoga considera que tiene algo valioso para transmitir, y está dispuesto a dar razones de lo que afirma y por tanto ser testigo de la verdad, más allá de las dificultades que aparezcan. No se apropia de la verdad como si fuera algo privativo; por el contrario goza en la comunicación de la verdad que descubre.

En cuanto al conocimiento de la verdad, es fundamental tener presente la crítica al escepticismo que hace Aristóteles¹¹. A partir de la evidencia del principio de no contradicción, saca las consecuencias que se siguen para quienes no aceptan su validez. El lenguaje se torna inútil. Y si alguien pretende ser coherente con el rechazo del primer principio, debería callar,

⁶ Enseña S.Tomás que Dios está en todas las cosas por esencia, presencia y por potencia. Afirma: “ *Per essentiam autem quia essentia sua intima est omnibus rebus: oportet enim de necessitate omne agens, in quantum agens, immediate coniungi suo effectui...Deus autem actor est et conservador omnium secundum esse uniuscuique rei, Unde, cum esse rei sit intimum in qualibet re, manifestum esto quod Deus per essentiam summa, per quam omnia creat, sit in omnibus rebus*” (o p. cit.nº 134).

⁷ “...conversatio autem hominis ad Deum est per contemplationem ipsius.....per spiritum Sanctus dei contemplatores constituamur”(S.C.G. L. 4 CP 22 n.2).

⁸ “...homines sunt diversae conditionis, et diversimode ad veritatis cognitionem perducti et dispositi. Quidam namque ad veritatis cognitionem magis perducuntur per signa et miracula; quidam vero magis per sapientiam...Ut ergo Dominus omnibus ostenderet viam salutis, utramque viam pandere voluit, scilicet signorum et sapientiae...” (*Super Evangelium S.Ioannis lectura*, lect. 4 nº. 118)

⁹ “ *Haec autem societas hominis ad Deum, quae est quaedam familiares conversatio cum ipso, inchoatur quidem hic in praesenti per gratiam, perficietur autem in futuro per gloriam*” (*S.Th.* q.65 a.5)

¹⁰ No me detengo en la comunicación intratrinitaria, pues sería objeto de otro trabajo.

¹¹ Cfr. Aristóteles, *Metafísica*, L.4 c.4.

vivir como una planta. Por el contrario si lo acepta, manifiesta su capacidad de conocer la realidad, aunque sea de manera incipiente.

Por otra parte es inútil pretender dialogar con quien niega este principio, pues es imposible hablar con quien tergiversa el significado de las palabras de modo permanente. De este modo, el escepticismo lleva a la incomunicación. Si las palabras no son signos referidos a una realidad distinta de ellos mismos, pierden su significación. Y por tanto el hombre puede quedarse en una situación esteticista individualista, oyendo sonidos y frases agradables, pero sin comunicarse de fondo con su significado ni con la intención del que habla o escribe.

En su crítica a los escépticos Aristóteles pasa también al orden práctico y muestra que por más escéptico que sea un hombre, en la vida cotidiana deja prevalecer su sentido común y actúa saliendo de su pretendida ignorancia, con tal por ejemplo de no caerse en un pozo.

Ahora bien, conocer no implica captar todo sin dificultad e inmediatamente. El hombre conoce paulatinamente; pasa de lo visible a lo invisible, movido por la confianza de que todo lo que existe se manifiesta de una manera u otra. Por ello es necesario estar atento a ello y reflexionar sobre la situación que cada uno tiene frente a una determinada realidad. Es posible empezar a descubrir que en el conocimiento de dicha realidad interfieren falsas creencias, prejuicios, condicionamientos personales, sociales, culturales. Reconocer las propias limitaciones es el modo adecuado para superarlas. Por el contrario, puede haber circunstancias que faciliten el conocimiento.

Ahora bien, considerar al hombre como ser capaz de aceptar y compartir la verdad no implica caer en la ilusión de la bondad y perfección natural del hombre ni tampoco resignarse frente a una supuesta corrupción insalvable de la naturaleza humana. Pero el fracaso de las posturas escépticas, que aíslan al hombre o lo sujetan al poder del más fuerte, pone de relieve las tendencias profundas que anidan en cada sujeto humano y que a pesar de todo, lo orientan a la verdad y a la felicidad.

Condiciones morales del diálogo

La búsqueda de la verdad implica determinadas disposiciones en el orden moral¹². Se trata de las virtudes morales, mediante las cuales el hombre no sólo realiza una buena obra sino se hace bueno, merced a la buena voluntad. En este contexto, me detendré en la docilidad, como condición subjetiva que incide en el obrar humano¹³. Conveniente para la adquisición de todos los saberes, lo es particularmente en relación a la prudencia¹⁴, virtud

¹² Véase como ejemplo que el título del libro de Max Scheler "*La esencia de la Filosofía*" continúa "*y la condición moral del conocer filosófico*". Ed.Nova. Buenos Aires,1962.

¹³ Cfr. "*Prudencia y Libertad*", Tesis de Licenciatura, Facultad de Filosofía y Letras. U.C.A.

¹⁴ Cfr. *S.Th.*, II-II q. 49 a.3 ad 1.

fundamental¹⁵ de la cual es parte integral¹⁶. La docilidad está ligada a la capacidad de crecimiento. Implica una buena disposición para recibir la enseñanza de los otros. Es saber-dejarse-decir-algo¹⁷, una aptitud que nace del deseo real de conocer ligado a una auténtica humildad.

Por ella el hombre se dispone bien frente a la realidad. Y le permite no hacer acepción de personas. Esto está relacionado con una regla de oro que S. Tomás da para estudiar: “no importa quién lo dice sino qué dice”. Esta afirmación muestra su libertad de espíritu.

Una actitud dócil y humilde se opone a la pretensión de ser autónomo a ultranza; pero también a la pereza y falsa seguridad que implica una sumisión servil a la palabra del otro.

Por el contrario ser dócil permite al hombre enriquecerse con la realidad en general, y de modo particular, con la palabra del otro que, con su experiencia y sabiduría, puede abrir nuevos caminos. S. Tomás señala que puede haber una predisposición natural a ser dócil, pero su desarrollo efectivo depende del esfuerzo y la atención puesta en la enseñanza del otro, que trascienden tanto la inercia como la soberbia. La sencillez del sabio puede promover la docilidad del que quiere aprender.

Lejos de negar la responsabilidad personal frente a la realidad y a la autoridad del otro, esta actitud no induce a un sometimiento frente al que detenta el poder en forma arbitraria; por el contrario permite orientar la propia subjetividad en orden a la verdad y al bien. La docilidad es importante en las cosas a realizar, pues dadas las múltiples posibilidades, un hombre solo no puede considerarlas todas de una manera cabal¹⁸. La valoración positiva de la experiencia de los mayores es otro factor que hoy en día puede sorprender frente a la pretensión de prescindir de toda ayuda externa.

En el orden moral cada uno tiene la obligación de actuar de acuerdo con la propia conciencia, que advierte, juzga y obliga. Ligada a la recta razón, a la prudencia y en el orden sobrenatural al don del Consejo, la conciencia moral de manifiesto la importancia de la subjetividad personal. Pero esto no implica relativismo, sino por el contrario una adecuación acertada a la realidad cuyas variaciones requieren atención. Es conveniente recordar que si bien la conciencia personal obliga, no siempre justifica, porque puede ser errónea y la ignorancia puede ser culpable, permitida o querida por el sujeto o no.

Cada uno tiene que buscar, consultar, indagar para llegar al juicio personal; no hacerlo implicaría pretender disolver la responsabilidad que le incumbe frente al otro, ya sea una

¹⁵ “*Prudentia est virtus maxime necessaria ad vital humanam*” (*S.Th.* I-II q.57 a.5)

¹⁶ Cfr. *S.Th.* II-II q. 49 a.3

¹⁷ Cfr. Pieper J. “*Prudencia y templanza*” Madrid, Rialp, 1969 p. 61.

¹⁸ Ver *S.Th.* II-II q. 49 a.3

legítima autoridad o no. La comodidad, el miedo a equivocarse, los escrúpulos son diversos elementos que pueden incidir en dejar de lado un juicio personal. El conocimiento de la realidad puede estar restringido por el peso de las condiciones sociales, familiares que pueden obnubilarlo. La dependencia inmadura respecto del medio dificulta la realización de un juicio personal y responsable.

Frente a los efectos nocivos de la ignorancia y en particular de la negligencia se destaca la importancia de la docilidad.

Verdad, docilidad y responsabilidad

La docilidad se opone a la búsqueda del poder y también al sometimiento utilitarista para lograr algún beneficio frente a ese poder que busca insaciablemente su incremento. Por el contrario la docilidad predispone a escuchar bien dejando de lado la autosuficiencia, la soberbia, y la superficialidad. Permitir que otro hable, saber escuchar, es propio del sabio.

Pues el hombre no crea la realidad sino que la descubre y en todo caso puede enriquecerla. La docilidad se opone a la pretensión de ser dioses, señalada por Nietzsche; abre, en cambio, la senda del descubrimiento y aceptación de la propia realidad humana como ser participado del ser de Dios en el orden trascendental y copártcipe de la naturaleza humana, en el orden predicamental.

La verdadera docilidad no es signo de inmadurez, ni sumisión servil. Por el contrario, como afirma C. Fabro¹⁹, la docilidad radical es punto de partida para conocer y aceptar la verdad, y por ende vivirla. Señala la aceptación de la verdad y el rechazo de lo falso. De la apertura a la realidad, surge la docilidad respecto de los otros que pueden decir algo.

Vivir la verdad se opone al relativismo que caracteriza la cultura contemporánea, que presenta un índice numérico como criterio único de verdad. La problemática actual intenta reducir el conocimiento humano a lo constatable empíricamente, siguiendo el empirismo de Hume que reduce el principio de causalidad a una mera asociación generada por el hábito pero que no implica reconocer el efecto y su relación con la causa que lo provoca.

Cabe señalar que frente a esta situación, a veces se intenta quebrar el relativismo cultural, religioso, político, moral con un rigorismo, fruto de una postura racionalista. Sigue vigente el influjo de la ética kantiana, que rescata el imperativo categórico universal, pero lo vacía de contenido. Esta posición desconoce la riqueza de la realidad participada y no se adecua a ella.

¹⁹ “È la docilità radicale al reale il punto di partenza per conoscere il vero e il falso, per accettare il vero e per respingere il falso” (Fabro, *Libro dell'esistenza e della libertà vagabunda*, ed.cit. aforismo 1008 p.176)

Así se llega a actitudes, que pretenden “construir la realidad” en beneficio personal. Esta última posición, que puede rayar en el narcisismo, no sólo compromete el conocimiento de la realidad sino también el de sí mismo. La comunicación auténtica no tiene lugar.

El narcisismo: individualismo y temor a la realidad

Entiendo por narcisismo una actitud humana- que puede transformarse en un trastorno de personalidad²⁰-, según la cual el hombre se ubica falsamente pretendiendo ser centro del universo, de modo que todo lo demás existe o tiene vigencia de acuerdo al beneficio que le provoca. Esta actitud puede ser relacionada con la afirmación de Protágoras acerca del hombre como medida de todas las cosas.

El narcisista presenta comportamientos arrogantes o soberbios; tiene un grandioso sentido de autoimportancia y espera ser reconocido como superior; encerrado en su mundo, nada tiene sentido más allá de su vivencia y por ello su interioridad se torna vacía y hueca. No es capaz de valorar adecuadamente ni lo propio ni lo distinto; todo lo torna útil para mantener su imagen ficticia. Dada su falta de identidad, su deseo por ser alguien lo lleva a relativizar todo y vivir de manera individualista. Envidia a los otros y también puede denigrarlos, sin reconocerlo. También puede creer ser envidiado. A diferencia de la persona dócil atenta a las distintas manifestaciones de la verdad, el narcisista la teme; la verdad puede destruir la imagen falsa de sí mismo que con tanto esmero pretende sostener. Intolerante a la crítica y a la frustración, tiende a perder contacto con la realidad y no puede entablar un verdadero diálogo ni con los otros ni consigo mismo. Carente de empatía le cuesta reconocer los sentimientos y necesidades de los otros; los ignora y no vuelve a sí mismo porque no hay un sujeto consistente con quien reflexionar. El “*noli foras ire, in teipsum redi...*”²¹ de San Agustín le es ajeno.

Su manera de hablar puede tornarse confusa, pretendiendo dejar en el otro la frustración, la tristeza o también la culpa de no poder comprender su discurso. Le cuesta crecer en un orden humano, que implica el preferir y postergar, en base a un conocimiento paulatino de la verdad y el bien. En la vida cotidiana, es posible constatar los daños que implica tal postura. El narcisista queda atrapado en su propia trampa. Aunque quizás no se dé cuenta, no es feliz ni hace felices a los otros.

Así esta actitud narcisista, que cercena la comunicación y el diálogo, puede relacionarse con el escepticismo. Se llega una posición nihilista, individualista, que a veces, por conveniencia puede someterse a criterios meramente sociales y cambiantes.

²⁰ Cfr. *DSM-IV Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales*, Masson, Barcelona, 2001.

²¹ San Agustín, *De vera religione*, XXXIX, 72.

A pesar de que el nihilismo caracteriza el mundo contemporáneo, sin embargo el ser humano puede recuperar su capacidad de conocer y amar la verdad. Sigue vigente la fina observación de Aristóteles: “los hombres por naturaleza desean conocer”; también afirmación de San Agustín respecto de la vida feliz que consiste en el gozo en la verdad ²²; argumenta diciendo que ha conocido personas que quieran engañar pero ninguno que quiera ser engañado. Por su parte, S.Tomás muestra que la felicidad del hombre consiste en la contemplación gozosa de Dios.

Conclusión

A lo largo de la historia encontramos personas que han buscado el diálogo, expuesto e intercambiado ideas; verdaderos maestros que pueden corregir actitudes narcisistas, antes de que se conviertan en trastornos de personalidad.

En las relaciones humanas en general y en particular en el crecimiento, es fundamental poder presentar las propias ideas, sentimientos frente a otro cuya comprensión permite abrir y esclarecer la propia interioridad. Las actitudes que generan mutua confianza tiene un potencial creativo enorme; lejos de querer imponer la propia visión de la realidad, surge el deseo de profundizar en la realidad, sin descuidar el punto de vista del otro. Sin embargo, si bien se puede amar a los amigos y a la verdad, es necesario dar preferencia a la verdad²³.

Dialogar implica en primer lugar reconocer que existe una realidad que se manifiesta; requiere una capacidad de escucha, junto con el deseo de conocer y amar la verdad. La realidad trasciende la propia mirada; por lo cual conviene considerarla desde distintos ángulos, atendiendo al principio de no contradicción. La aceptación de este principio genera verdadera flexibilidad frente a los distintos conflictos pero no relativismo. La actitud de apertura promueve la búsqueda del otro y lo lleva a dialogar, para compartir aquello que es contemplado y amado. La profundidad y el misterio al que se asoma el hombre buscador de la verdad exige paciencia; excluye una actitud inmanente propia del pensamiento moderno que en lugar de pasar de la realidad a la idea, encierra al hombre en sí mismo, extraño a él mismo. El hombre humilde y confiado contempla la realidad.. La inteligencia despojada de prejuicios y falsas creencias, le permiten el asombro gozoso y compartido.

María del Carmen Gutiérrez Berisso

²²Cfr. San Agustín, *Confesiones*, L.X c.23 ed.Paulinas, Buenos Aires, 1984

²³ Cfr. Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, ed. Aguilar, Buenos Aires, 1967, L.I, c.6